

Post Scriptum.

El papel de los valores morales en la elección presidencial estadounidense*

Stephen Kalberg**

TODA EUROPA SE HA estado cuestionando lo mismo: ¿cómo pudieron los norteamericanos haber elegido a George W. Bush? A la luz de una débil economía y una preocupante guerra en Irak, ¿qué fue lo que determinó la decisiva derrota de John Kerry? 22% de los votantes estadounidenses declaró que los “valores morales” eran “el asunto más importante en la elección”, 20% daba este calificativo a la economía, 19% al terrorismo y 15% a la guerra en Irak. ¿En qué consisten esos “valores morales” y por qué fueron más importantes que la guerra en Irak?

El presente ensayo trata estas cuestiones de una manera abreviada y preliminar. Sostiene que un aspecto central de la cultura política norteamericana, muy difícil de percibir y de evaluar desde el exterior, habría sido sobresaliente: los valores morales. Si se quiere



* Tomado de *ASA Sociology of Religion Newsletter*, otoño de 2005, pp. 2-7. Este ensayo se concibió originalmente como un *post scriptum* para la publicación en francés de “La influencia de la política cultural sobre las falsas percepciones culturales cruzadas y la política exterior. Estados Unidos y Alemania” (*Revue du MAUSS*, núm. 25, abril de 2005, pp. 207-240; la referencia original es Kalberg, 2003a, cuya versión castellana se publica en este mismo número de *Sociológica*). Traducción al español de José Hernández Prado, consultada con el autor.

** Departamento de Sociología, Universidad de Boston. Correo electrónico: kalberg@bu.edu

comprender, aunque sea parcialmente, el “particularismo estadounidense” tan manifiesto en noviembre de 2004, es preciso atender el rol crucial de los mismos.¹

La “acción ético-política” se ubicaría muy singularmente en las asociaciones cívicas de Estados Unidos. Estas organizaciones –reconocidas como ubicuas desde tiempos de Tocqueville– han encarnado constelaciones de valores diseminadas por cada rincón de la sociedad norteamericana; en el proceso cultivaron y rejuvenecieron una esfera cívica de amplio espectro, afincada en valores. Ya sea que se manifieste como una “ética pública” o como “valores morales”, esa arena ha defendido un reino bien definido de actividades orientadas a ideales éticos, que se oponen a toda “rutinización” de la acción en la línea de los cálculos utilitarios e instrumentales.

La peculiar herencia religiosa norteamericana –los valores de las iglesias y sectas protestantes ascéticas– jugó un papel central. Ausentes o con un impacto geográficamente limitado en Europa, esos valores pueden identificarse como actores cruciales del nacimiento, expansión y elasticidad de los singulares contornos de la esfera cívica estadounidense. Más aún, la extendida creencia en Dios y una activa feligresía interactúan, hasta la fecha, con las asociaciones cívicas que revigorizan a las mencionadas iglesias.² Debido a una mucho menos profunda secularización que la ocurrida en Europa, el impulso religioso original de la cultura política estadounidense permanece más directamente ligado al presente por medio de las asociaciones cívicas.

Rara vez los europeos han tomado conciencia de este componente de la cultura política norteamericana; su amplio impacto sólo ha sido comprendido con escasa frecuencia.³ En parte, debe responsabi-

¹ La campaña de Bush fue exitosa al vincular, para su gran ventaja, el terrorismo internacional con la guerra de Irak, en una red única sin costuras aparentes. Una extensa discusión sobre este tema, indispensable para la plena comprensión de tal elección, ha de esperar, sin embargo, un análisis específico (véase Danner, 2005).

² En comparación con otros países, en Estados Unidos existe un muy alto porcentaje de ciudadanos que cree en Dios (aproximadamente 94%). Las encuestas de Gallup reportan, de modo rutinario, que cerca de 40% de los norteamericanos asiste semanalmente a servicios religiosos (véase Hadaway, Marler y Chaves, 1993). Apenas se pueden estimar las abrumadoras diferencias existentes entre Estados Unidos y Europa en el espectro que va de la devoción a la indiferencia religiosa.

³ Entre los fundadores clásicos de la sociología, Max Weber pareciera ser una clara excepción. Notablemente, al tiempo que enfatizó el alcance único que las asociaciones cívicas desarrollaron en Estados Unidos, en comparación con Europa, Tocqueville fallaría en apreciar su origen en las sectas protestantes.

lizarse de ello a los sociólogos europeos que declararon hace cien años el fin universal de la religión, ante la industrialización y la urbanización.⁴ Indudablemente, tanto en Europa como en Estados Unidos tuvo lugar en el siglo XIX un debilitamiento generalizado de la religión; sin embargo, en la segunda nación se mantendría poderoso un no reconocido y vigoroso “legado de la secta” (*sect legacy*), bajo la forma de las muy heterogéneas y cuasi religiosas asociaciones cívicas.⁵ Los estudios que parten de aquellos rasgos principales y presentes de las culturas políticas europeas y que, consciente o inconscientemente, imponen sus hipótesis de trabajo al panorama estadounidense, distorsionan y menosprecian este aspecto central de la cultura política norteamericana.⁶

Con toda probabilidad, estas observaciones han delineado los contornos de una cultura política apenas imaginable para el observador europeo. Ahora se requiere de una discusión más detallada y de un análisis comprensivo (*verstehende analysis*). ¿Cómo es posible definir el contenido particular de la esfera cívica norteamericana?, ¿cómo se manifiestan, incluso ahora, sus valores religiosos y cuasi religiosos?, ¿cómo uno de sus ingredientes cruciales –los “valores morales”– se haría tan radicalmente manifiesto en la elección de 2004? Un escrutinio de los parámetros centrales de la cultura política de Estados Unidos ilustrará de muchas formas qué “valores morales”, tan profundamente arraigados, llegaron a un primer plano en la pasada elección presidencial. El examen de cuatro temas resulta indispensable: la gran relevancia del “carácter moral” en el oficio político de los candidatos; la difundida creencia de que “los problemas se pueden resolver”; la naturaleza del provincialismo norteamericano; y los modos en que los valores morales se han hecho manifiestos en los debates de la agenda política.

⁴ Sorprendentemente, los propugnadores de la visión de que la secularización y la industrialización han avanzado paralelamente serían todos teóricos europeos, como Tönnies, Durkheim, Spencer o Simmel.

⁵ Sobre el vínculo entre las iglesias tempranas y las sectas protestantes, por un lado, y las asociaciones cívicas, por otro, véase Weber, 1985 y 2002b.

⁶ Inclusive, muy recientemente el reconocimiento europeo del contenido inusual y la persistencia de la esfera cívica en Estados Unidos –es decir, la continua capacidad de sus valores para orientar la acción en la esfera pública– se ha visto obstruido por los cambios sociales de los últimos veinte años, ya que las maquinarias de la esfera cívica europea, tradicionalmente comprometidas con un cultivo de los valores –los partidos políticos y los sindicatos–, se hicieron menos influyentes.

*EL CANDIDATO NORTEAMERICANO:
LA GRAN RELEVANCIA DEL “CARÁCTER MORAL”*

El ascetismo de las iglesias y sectas protestantes dejó fuertes legados con respecto a la conducta personal. El devoto creyente de los siglos xvii y xviii sabía que un Dios omnipotente, omnisciente e iracundo juzgaba todo comportamiento y que cualquier trasgresión del camino correcto sería inmediatamente registrada y castigada por los miembros de la congregación. Más aún, los errores éticos no podían ser absueltos por medio de la confesión y la excomunión social persistía como una temida posibilidad. Por tanto, las “recompensas psicológicas” (en palabras de Weber) se concedían bajo el estricto cultivo de una severa y recta (*upright*) conducta y todo comportamiento estaba sujeto a un monitoreo tanto interno (la clara conciencia de las normas divinas) como externo (la atenta observación de la comunidad religiosa). Hacia el siglo xvii, esa creencia cristalizó en la idea de que la capacidad propia de los devotos para conducirse a sí mismos, de manera “respetable y digna”, testificaba en sí misma una presencia divina interior —seguramente Dios le confería esa capacidad únicamente a los predestinados. Y debido, por un lado, a la ausencia de intermediarios que asistiesen a los creyentes en su gesta por la certeza de su salvación y, por el otro, a la necesidad de una “actividad en el mundo”, el ascetismo protestante ubicaría importantes incentivos en el *ethos* autodependiente (*self-reliance ethos*) de la responsabilidad individual.⁷

Esta rigurosa disciplina en la forma en que el creyente conducía su vida —este ascetismo— se haría menos intensa en los siglos xviii y xix. No obstante, los legados permanecieron y la “conducta respetable”, si bien influida por la creencia sincera y ya no más monitoreada por las congregaciones cohesivas, se convirtió en un estándar reconocible de la conducta apropiada.

Vívidos residuos de la postura ascética resultan visibles incluso hoy, aunque en formas atemperadas y secularizadas. El carácter de las personas que buscan conducir sus comunidades en cualesquiera dominios de la vida debe exhibir una cierta cualidad de rectitud. Una conducta que muestre exteriormente rigor moral, honestidad y confiabilidad se ha de hacer manifiesta, ya que dicha conducta testifica

⁷ Este párrafo le debe mucho a Weber, 2002a: 103-124 y 2002b.

—según es ampliamente percibido— una capacidad para actuar consistentemente con referencia a un cuerpo de valores firmes. La continuidad del comportamiento en el curso de la edad adulta se contempla como prueba de la presencia de una sólida brújula moral (*a firm moral compass*). La claridad de propósitos y la resolución bien definida se equiparan con un modo directo de tomar decisiones, de igual manera que la sinceridad hacia el Dios propio y en las relaciones humanas.

El carácter moral ejemplar puede ser, desde luego, “probado” no solamente a través de la conducta respetable. La asistencia regular a la iglesia y la adhesión a un modo de vida convencional sirven también a este propósito. La situación personal ejemplar (el impecable pasado, una esposa digna, niños respetuosos y bien portados, un matrimonio de largo plazo) ha de quedar en evidencia.

Con mucho mayor éxito que John Kerry, George Bush creó una imagen de su presente y de su pasado coherente con esta constelación de estándares conductuales tan arraigada en el ascetismo. Más aún, su capacidad para transmitir propuestas directas y nada complicadas acerca de los problemas sociales, las cuales contribuyeron a una imagen de “franqueza y sinceridad”, rebasaron por mucho la habilidad de John Kerry para hacer lo mismo. Ciertamente, el senador por Massachusetts fue recurrentemente acusado de oscuridad e inconsistencia. La campaña de Bush cultivó, en cambio, una imagen de fuerza, autodependencia, certeza y “médula moral” (*moral backbone*), mientras que John Kerry sería descrito como un “ambiguo”, vacilante y poco confiable pensador propenso a abrazar propuestas contradictorias.

Los votantes se quejaban continuamente de que “uno no sabe dónde está parado [Kerry]” y elogiaban reiteradamente el carácter “digno de confianza y directo” de George W. Bush. De seguro, las riendas del poder no pueden depositarse en alguien que carezca de una firme resolución y esté expuesto a cambiar posiciones frecuentemente —por no mencionar que aquel “chancleteo” (*flip-flopping*) levantaba finalmente dudas sobre la ética, el carácter y la capacidad de decisión del candidato. La nación debía ser guiada, según afirmaba la campaña de Bush, por un líder resuelto que actuara con consistencia, del lado de los valores confiables. El “bien” y el “mal” se hallaban claramente delineados y debían proclamarse sin incertidumbres ni ambivalencias, recalca George Bush. La fuerza de carác-

ter impulsaba a hacerlo. En un panorama político influido hasta la fecha por el ascetismo, el inquebrantable mensaje adquiriría por sí mismo validez positiva, indicaba un “fuerte carácter moral” y resonaba con amplitud.

El largo alcance histórico de las iglesias y sectas protestantes, mediado por las asociaciones cívicas, resulta evidente de una manera adicional. El contexto norteamericano de fondo –que un “elevado carácter moral y ser digno de confianza” son indispensables para el oficio político– empujó hasta los márgenes todo un cuerpo de consideraciones electorales central para las campañas políticas europeas, a saber, la competencia medida por la experiencia profesional y el dominio sobre un conjunto de conocimientos. Mientras que Al Gore y John Kerry mostrarían ser maestros en las oscuras minucias de los innumerables campos políticos, George Bush poseía tan sólo un débil dominio de los principales asuntos, pero ello nunca probó ser perjudicial para él. Tal resultado electoral entre candidatos asimétricamente calificados es apenas imaginable en el contexto europeo, donde los políticos son normalmente expertos en un rango de arenas políticas y profesionales y, asimismo, servidores públicos bien entrenados durante toda una vida.⁸

Los componentes residuales del protestantismo ascético –una firme resolución con respecto a valores y estándares, consistencia con un “buen carácter moral” a largo plazo, etc.– se manifestaron de manera inusual en la campaña de 2004. Demostrarían ser más influyentes incluso que los asuntos externos (la guerra de Irak) o que los internos (la economía), por un lado, y que las experiencias profesional e internacional y el conocimiento y dominio de los detalles de la política, por otro.

⁸ Un análisis más extenso de la variación intercultural con respecto a la prominencia y la importancia del conocimiento especializado en las campañas electorales requeriría enfatizar no sólo la herencia del protestantismo ascético, sino también una serie de factores adicionales, como la influencia de la muy estadounidense “sociedad del logro” (*achievement society*), caracterizada por niveles comparativamente altos de movilidad ocupacional de largo alcance y también por los extendidos populismo e igualitarismo social. Todo contribuye significativamente, entonces, a una desconfianza norteamericana hacia los políticos profesionales, los expertos en políticas, los burócratas gubernamentales y los intelectuales (véase *infra*, nota 15).

LOS PROBLEMAS SE PUEDEN RESOLVER

A los miembros de las iglesias y sectas del protestantismo ascético su Dios les dio una tarea muy clara: crear Su virtuoso Reino sobre la Tierra, para alabar Su majestad y Su gloria. Esta tarea se mantendría incuestionada por los sinceros y devotos creyentes, pues los motivos de ese Dios inescrutable no se podían poner en duda. Y, seguramente que una extendida y abyecta pobreza no alabaría Su excelsitud. Había que erigir comunidades con riqueza, abundancia y justicia, de acuerdo con Sus mandamientos. Más aún, quienes probaran ser inusualmente capaces en las transacciones de negocios para crear riqueza sabían que su “buena fortuna” no provenía solamente de su sistemática labor, sino que –según sus creencias– una deidad omnipotente y omnisciente les habría provisto con esa capacidad para trabajar metódicamente, así como con la posibilidad de obtener ganancias, porque Él debía favorecer al creyente. Y Dios asistía solamente a aquellos que figuraban entre los predestinados elegidos. Podía ocurrir el fracaso en los negocios o en el empleo, pero los devotos debían “ponerse de nuevo en pie” (*pick themselves up by their bootstraps*) y emprender un nuevo esfuerzo para establecer y honrar el Reino de Dios.

Un individualismo “dominador del mundo” (“*world mastery individualism*”) cristalizó de tal manera.⁹ El protestante ascético actuaba “en el mundo” para realizar los mandamientos de Dios e, inclusive, porque preocupado por crear su “ciudad sobre la colina” y por obtener la certeza psicológica de su propia salvación no podía permitir que las dificultades externas derrotaran su “misión” escogida. El devoto se hallaba convencido de que los “problemas” y “obstáculos” eran sencillamente “retos” diseñados por Dios para probar la fe y la dedicación del creyente. Lo que debiera hacerse en Su nombre, sin duda podía ser hecho. Y si los individuos fuertes probaban ser incapaces de domar las dificultades y continuar adelante, entonces había que adoptar iniciativas que establecieran grupos dedicados a remontar los grandes obstáculos y a completar la misión.

Había que enfrentar las discrepancias entre las realidades empíricas y los ideales –comunidades prósperas, compasión por todos,

⁹ Aquí reproducimos el argumento de Weber en su esbozo más breve (Weber, 2002a: 103-124; y Kalberg, 1996, 2002 y 2003b: 148-152).

justicia social y equidad, dado que todos somos sus hijos. Para la más grande gloria de Dios, la injusticia debía ser desterrada de su Reino. La negligencia y la posposición no honran la obligación religiosa. En verdad, evitar la adopción de iniciativas contra la injusticia constituye un signo de que el individuo no está penetrado por la fuerza de Dios y, por lo tanto, no puede pertenecer a la élite predestinada.

Al mismo tiempo que esta postura del “se puede” (*can do*) y el optimista marco mental con respecto a las capacidades del individuo perdieron gradualmente significación religiosa en los siglos XVIII y XIX, la organización de la vida del protestante ascético alrededor de las tareas, el trabajo, la competencia y los beneficios se despojó de su elemento de metodicidad. No obstante, la pérdida de atención sobre la importantísima cuestión de si “estoy entre los salvados” dejaría en su camino secular una entusiasta aproximación a la resolución de problemas y una tenaz cerrazón para reconocer la complejidad de algunas grandes tareas o, incluso, la posibilidad de que ciertas hazañas no pudieran culminarse. Quizás el dominio requiriese simplemente de mayor esfuerzo o acaso de una diferente aproximación o estrategia; o bien, de habilidades mejoradas, administración o tecnología. Eran necesarias las asociaciones civiles para atender los problemas de la comunidad y hacer “trabajo de equipo”. Los grupos y organizaciones podían superar los retos. Inclusive, era factible enfrentar y resolver la misión más difícil con esta proclividad de dimensiones sociales para organizar asociaciones cívicas. Hasta la exploración del espacio exterior o de los planetas distantes depende sólo de financiamiento, experiencia y poder humano. “Pon tu mente en ello y podrás hacerlo”; “eres poderoso: haz algo por ti mismo”. La parcela de realidad escogida por el individuo debe conformarse y moldearse para que pueda avenirse con una noble constelación de valores.

Por supuesto que el enfoque de la resolución de problemas y de búsqueda de la “estrategia apropiada” ha dominado el debate político de todas las naciones. Sin embargo, una intensidad más concentrada del mismo caracteriza la actividad política de las regiones históricamente influidas por el protestantismo ascético. Ciertamente, la propensión a “sobrestimar” las capacidades para remontar los obstáculos parece ser comprobable dondequiera que el protestantismo ascético o sus legados fueron influyentes. De manera similar, una tendencia a “subestimar” la complejidad de las grandes tareas pareciera probable también allí.

Los candidatos que buscan puestos de elección en las culturas políticas “predispuestas” de dichos modos permanecen optimistas con respecto a los resultados y se abocan a la resolución de problemas. Esa postura es “realista” y los candidatos que la suscriben son “confiables” (*trustworthy*), a la luz de los parámetros y valores de tal cultura política, ya que la opinión pública se inclina a favor de personajes que saluden la probabilidad del éxito e instrumenten los mecanismos pragmáticos para obtenerlo. Sufrir por los posibles contratiempos y dudas inherentes a la misión, tanto como por los escenarios que describan dificultades o derrotas potenciales, es algo que evitan los candidatos. Aunque con esfuerzo vasto y complejo, la tarea del momento –por ejemplo, la victoria en Irak– requiere de una tenaz obstinación y de una firme resolución ante los retos. El resultado favorable se encuentra asegurado y es algo en lo que hay que creer ampliamente, sobre todo si esas cualidades son traídas a colación.

George Bush transmitiría más que efectivamente este mensaje optimista: “delinea la situación, modela el resultado y hazlo con referencia a valores indubitables”. De manera similar, sus mensajes posteriores –es necesario “un líder fuerte en estos tiempos difíciles”; lo que se requiere es “no cambiar de caballo a la mitad del río”– resuenan igualmente con estos profundos acordes de la cultura estadounidense.

UNA AGENDA POLÍTICA: LA PROMINENCIA E IMPORTANCIA DE LOS VALORES MORALES

Algo característico del feligrés protestante ascético era su interpretación inusualmente rigurosa de las sagradas escrituras y de la doctrina. Más aún, como ya fue anotado, ese devoto creyente sentía la imperiosa obligación de organizar sistemáticamente su vida, de acuerdo con las leyes de Dios. Una orientación general hacia los diez mandamientos resultaba insuficiente; en lugar de ello, la acción, el pensamiento y el decreto religioso debían involucrarse en una relación de estricta consistencia. Adicionalmente, dado que la oportunidad para confesar los pecados propios no existía, era inadmisibles la desviación temporal del camino correcto. Debía mantenerse una ininterrumpida “vigilancia” (*watchfulness*) sobre el comportamiento de uno mismo, tanto como sobre el de los otros.

Este rigor moral existió casi exclusivamente en las comunidades devotas de la Nueva Inglaterra del siglo xvii, pero sus ecos y legados perdurarían, pasando de generación en generación, en formas atemperadas y seculares en las escuelas, las organizaciones profesionales y una gran variedad de asociaciones cívicas. Se hallaban establecidos los “estándares” de la conducta apropiada, y fuertes residuos de las normas ascéticas protestantes se hicieron visibles en todas las definiciones del comportamiento comunitario aceptable de los siglos xviii y xix.

Aunque alteradas más adelante por las transformaciones sociales que acompañaron a la urbanización y la industrialización del siglo xx, las asociaciones cívicas, vehículos sociales perdurables, tanto como las iglesias y las sectas protestantes ascéticas, aseguraron que el rigor con respecto al comportamiento ideal rejuveneciese periódicamente.¹⁰ Los estándares admisibles fueron ahora codificados para el lugar de trabajo (los “códigos de conducta”), en una variedad de asociaciones profesionales (la Asociación Médica Americana, las barras de abogados, la Asociación Psicológica Norteamericana, etcétera). Se esperaba que los empleados y los miembros de esas asociaciones acataran tales ideales éticos que delineaban la “conducta moral” apropiada. Se facultó a comités especiales para castigar duramente, e inclusive proscribir, a los miembros que violaran los “códigos de honor”. Esas sanciones conducían generalmente a las carreras personales hacia su repentino final.

De esta forma, el rigor moral practicado por los protestantes ascéticos se mantuvo vigente, si bien bajo manifestaciones menos estrictas, a través de las generaciones. Las organizaciones sociales, tanto como las apelaciones generales a los “estándares comunitarios” y sus agencias reforzadoras, cultivaron una conciencia y una sensibilidad a las cuestiones de la conducta ética. Los “estándares de la vida pública” no solamente fueron aplicados a las figuras políticas. Aunque secular, un rejuvenecimiento de amplio alcance del “legado de la secta” ocurrió periódicamente de esta manera.

La extrema relevancia de los valores morales en las elecciones de noviembre de 2004 se hace ostensible para el observador externo

¹⁰ La descripción que hace Bellah (1963) de una “religión civil” omite claramente este componente ascético, presente en sus fundamentos. Sería imposible que ocurriese el rejuvenecimiento de aquella religión civil (a través de los días festivos, etc.) sin los residuos de ese elemento.

sólo si se reconoce nuevamente la huella del protestante ascético en la cultura política de Estados Unidos. Los asuntos morales adquirieron un grado de intensidad que puede ser comprendido únicamente con referencia a esta profunda dinámica histórica, tan singularmente norteamericana. Un tópico electoral muy importante en muchas regiones lo fue si se debía permitir o no la oración en las escuelas públicas; profundas preocupaciones se hicieron asimismo evidentes en toda la nación en relación con el sexo y la violencia en la televisión, el aborto, la investigación sobre las células madre y las uniones de personas de un mismo sexo (el matrimonio *gay*).¹¹ En efecto, referendums acerca de si el matrimonio *gay* ha de ser legal figuraban en las boletas de once estados de la Unión; y en todos ellos perdió el “sí”. Abarcar (*overarching*) el debate entero sobre los valores morales sería una postura articulada inicialmente por los primeros colonizadores religiosos: las elecciones morales son de conciencia y los gobiernos no deben intervenir en ese reino privado.

Al respecto de estos asuntos, George Bush también tendría éxito al describir a John Kerry como “vacilante” e “inconsistente” y, por lo tanto, no digno de confianza. Las mismas cuestiones serían planteadas repetidamente: “¿dónde está parado [Kerry]?”; “¿cuál es su médula moral?”; “¿cuál es su integridad?”; “¿cuáles son sus estándares y convicciones?”; “¿por qué sus respuestas a los temas morales son siempre complejas, en lugar de directas?”; “¿permitirá él que el gobierno tome decisiones fundamentalmente privadas?” Convencido de que los electores rurales apreciarían más probablemente la franqueza, el rigor moral y las posiciones prescriptivas de George Bush, su estrategia político, Karl Rove, organizó campañas de registro de votantes durante cuatro años, enfocadas a los ciudadanos rurales de los estados no seguros.

EL PROVINCIALISMO NORTEAMERICANO Y SUS RASGOS ÚNICOS

Una diseminada orientación al logro individual, el manejo de las tareas y la “realización de uno mismo” por medio del trabajo, son

¹¹ De acuerdo con encuestas recientes, 63% de los padres de familia se encuentra muy preocupado por la exhibición de contenidos sexuales en televisión, y 53% lo está con respecto a la de la violencia.

características todas que pertenecen al legado protestante ascético en Estados Unidos. La firmeza de propósitos, una constante orientación hacia el objetivo a la mano y la metódica organización de la vida han caracterizado siempre a los creyentes devotos. Ellos saben que la “actividad” y el cumplimiento debieran perseguirse sistemáticamente y que el ocio no sirve a ningún propósito útil, ni a los ojos de Dios ni para la salvación personal.

Los visitantes europeos han comentado, desde hace 200 años, sobre el carácter industrioso de los norteamericanos. Muchos observadores se han preguntado por qué el caos social no siguió al agudo dinamismo de la vida en Estados Unidos. Tal energía, no obstante su significativa contribución tanto al credo de la “tierra de las oportunidades” como a la abrumadora riqueza nacional, también modeló en parte un extendido provincialismo –aunque fuera sólo porque la intensidad de esa vida diaria sumerge profundamente a los estadounidenses en sus propios dominios. El protestante ascético guía su actividad y orientaciones bajo la convicción totalizante de que el individuo es capaz de construir su propio destino, a través del trabajo duro, la organización planificada y la dirección de la vida. Ese destino erige barreras contra la conciencia de “los otros” más allá de las nítidas fronteras norteamericanas. De este modo, aunque fundado también en la falta de conocimientos y de experiencia internacional, el provincialismo de los estadounidenses tiene sus raíces, en primer término, en la abarcante, dinámica y autosustentable vida cotidiana en su país. El trabajo compromete a los norteamericanos profundamente y constituye una fuente de compromiso genuino. En efecto, dicho trabajo propio le confiere un insondable significado a la vida, y para muchos en la clase media alta la absoluta dedicación a él mueve hacia los márgenes de esa vida a la familia, la amistad y el ocio.¹²

Afincado en actividades y tareas y en el ensimismamiento del ideal de “seguir adelante” (*getting ahead*), ese provincialismo se refuerza irónicamente por una máxima que se escucha, con frecuencia, a lo largo y ancho de la nación: “todos somos básicamente semejantes” (*we are all basically alike*). Los orígenes culturales de este *ethos* inclusivo debieran ser rastreados hasta el universalismo del protestantismo ascético –es decir, hasta la rigurosa adherencia ascética al

¹² Es imposible considerar aquí los resultados positivos y negativos de esta orientación.

decreto de que “todos somos hijos de Dios”–, y no tanto hasta la herencia política norteamericana, pues ésta implica un universalismo aún más expansivo que consiste en la convicción de que todos somos iguales a lo largo y ancho del mundo. Esta similitud abarcante –que se sostiene con uniformidad– se haría evidente rápidamente si los pocos que se oponen a ella –los gobernantes autoritarios y discriminadores– fuesen derrocados. De inmediato aparecería, entonces, un autogobierno democrático enraizado en las nociones de derechos individuales y libertades personales.

Así que, aunque contenga una fuerte dosis de auto orientación y una escasa cantidad de conocimiento relativo a otras culturas, el linaje del provincialismo norteamericano no puede localizarse en ideologías particularistas como el darwinismo social o en las doctrinas de la superioridad étnica, racial, nacional o religiosa; más bien, un inesperado e inequívoco ideal universal constituye uno de sus ingredientes principales.¹³ La combinación de una profunda inmersión en la acelerada y omniabarcante vida diaria, de tan autosustentable intensidad que impide la conciencia sobre cómo se erigen otras sociedades y sus modos de vida, con una indudable convicción de que la expansión universal de los valores fundacionales norteamericanos sirve a los anhelos y a los mejores intereses de las personas de todo el globo, impulsa poderosamente el *American way of life* más allá de las fronteras de Estados Unidos. Inclusive, la Guerra de Vietnam fallaría en provocar esa cantidad de escepticismo y el requisito de una duda interna para tomar distancia de esa poderosa lógica aborígen, carente de mecanismos internos inhibidores sustantivos, por no hablar sencillamente de una capacidad de evaluación crítica.¹⁴

Simultáneamente, cualquier comprensión general de que los problemas políticos y sociales más allá de las fronteras de Estados Unidos presentan complejas dificultades para el idealismo misionero norteamericano (véase Kalberg, 1991 y 2003a) encuentra el obstáculo del marco mental optimista –de tareas orientadas y resolución de problemas– del “se puede” (*can do*) profundamente enraizado en

¹³ El hecho de que Estados Unidos continúe siendo punto de destino para millones de migrantes cada año contribuye indirectamente a ese provincialismo. La inmigración de tantas personas confirma entre los norteamericanos la idea de que su nación está en la ruta correcta. También justifica el enfoque localista en detrimento del internacional. La prosperidad y la fuerte economía norteamericanas suelen interpretarse, asimismo, de igual manera.

¹⁴ La alemana visión del “mundo roto” (*the “broken” world view*), propia de la posguerra, permanecería al otro extremo de este espectro de la “identidad nacional”.

el legado protestante ascético. De ahí que parecieran ser inexistentes las precondiciones del reconocimiento de que algunas naciones, dados sus desarrollos culturales particulares e históricos tan diferentes a la experiencia norteamericana, pudieran no compartir los valores estadounidenses, o bien, se hallan imposibilitadas para eso.

El mensaje de campaña de Bush logró hacer resonar con gran fuerza este provincialismo cimentado profundamente en la visión norteamericana del mundo. Aunque compartía ampliamente dichas creencias, la articulación que John Kerry hizo de ellas daba visos de contener, a menudo, un elemento de duda y de carencia de convicción genuina.

CONCLUSIÓN

Este ensayo ha intentado, de manera telescópica, delinear ciertos aspectos del “particularismo norteamericano”, con el fin de esclarecer la prominencia de los valores morales en la victoriosa reelección de George Bush en noviembre de 2004. Para ello se centró en el impacto particular que, inclusive hoy, han ejercido los legados protestantes ascéticos en la cultura política norteamericana. Sólo con muy poca frecuencia reconocidos al interior de las discusiones europeas sobre esta elección o, ciertamente, sobre la singularidad de Estados Unidos, ecos escasos de esos legados han influido en las culturas políticas europeas.

Un análisis más comprehensivo de la cultura política estadounidense identificaría diferencias regionales notables y evaluaría en qué medida la nación está en la actualidad dividida. Una explicación del debilitado papel de los intelectuales, en comparación con Europa, sería asimismo indispensable.¹⁵ Los observadores internacionales

¹⁵ Este amplio y complejo tema —el papel de los intelectuales— tiene que reservarse para un análisis más extenso. Sin embargo, pudieran ofrecerse aquí dos observaciones en el contexto de la posición general articulada en estas páginas: 1) la postura familiar, en el contexto europeo, del intelectual como crítico de la política dominante. Ciertamente, la definición que de sí mismos dan los intelectuales y la obligación que se desprende de ella resulta inequívoca en toda Europa: monitorear la vida pública y hacer que las figuras públicas respondan por sus actos. Una exclusiva orientación en esta dirección sería menos aparente entre los intelectuales norteamericanos. Sin embargo, de nuevo se torna fundamental la ubicación primaria de la acción ético-política en Estados Unidos, diseminada en innumerables asociaciones cívicas, y no explícita y casi exclusivamente en los partidos políticos o en el Estado, como en el caso europeo. Por un lado, dicha ubicación favorece el populismo y disminuye el estatus

deben procurar cautela y evitar una transposición de las presuposiciones de su propia cultura política al caso norteamericano. Esencialmente única, la cultura política de Estados Unidos no debe percibirse como similar a la “cultura política europea” en general, o a las culturas políticas particulares de, por ejemplo, Francia, Alemania u Holanda.

de todas las élites, incluyendo los hombres de letras; por el otro, dispersa de un modo pluralista las críticas de esos intelectuales. La tarea de éstos como comentaristas y críticos de la política constituye tan sólo una entre muchas. En otras palabras, más que un “crítico político”, el intelectual en Estados Unidos generalmente adopta, en mucho mayor medida que en el contexto europeo, el papel de “crítico social”. Una aproximación a la postura crítica del intelectual con respecto al ámbito de lo político, semejante a aquella que es común en Europa, ocurre sólo en situaciones de extrema inquietud política en Estados Unidos. Asimismo, 2) incluso si los intelectuales norteamericanos compartiesen con sus equivalentes europeos un interés por el Estado y por otras tareas adicionales, emprendidas generalmente en el reino de lo político, esos hombres de letras estadounidenses serían menos respetados que los intelectuales de Europa y sus voces permanecerían menos escuchadas. La ubicación de la acción ético-política, principalmente en un nivel diferente –de nuevo, difusamente en múltiples asociaciones cívicas–, erige en sí misma barreras contra cualquier cesión consistente de la palabra por demasiado tiempo a un grupo en particular. En contraste, una gran cacofonía caracteriza la dinámica e incansable escena norteamericana, y al mensaje del intelectual (inclusive con su ingreso garantizado) sólo se le sopesa como residualmente más fuerte (si acaso) que el de otros individuos (por ejemplo, los anfitriones de *talk shows*, los periodistas, los personajes con un saber especializado, las celebridades de los medios, etcétera). La influencia de los intelectuales también ha quedado circunscrita por el hecho de que la vida política estadounidense nunca ha estado atravesada directamente por una “visión del mundo” de izquierda o de derecha en los partidos políticos. Este tema merece un tratamiento de mayor alcance.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellah, Robert
 1963 *Civil Religion*, The University of California Press, Berkeley.
- Danner, Mark
 2005 “How Bush Really Won”, *The New York Review of Books*, 11 de enero, pp. 48-53.
- Hadaway, C. Kirk, Penny Long Marler y Mark Chaves
 1993 “A Closer Look at United States Church Attendance”, *American Sociological Review*, vol. 58, núm. 5, pp. 741-752.
- Kalberg, Stephen
 2003a “The Influence of Political Culture upon Cross-cultural Misperceptions and Foreign Policy: The United States and Germany”, *German Politics and Society*, núm. 68 (vol. 21, núm. 3), otoño, pp. 1-24.
 2003b “Max Weber”, en George Ritzer (ed.), *The Blackwell Companion to Major Social Theorists*, Blackwell, Oxford, pp. 144-205.
 2002 “Introduction”, en Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, traducción de Stephen Kalberg, Roxbury, Los Ángeles, y Blackwell, Oxford, pp. xi-xxvi.
 1996 “On the Neglect of Weber’s Protestant Ethic as a Theoretical Treatise. Demarcating the Parameters of Post-war American Sociological Theory”, *Sociological Theory*, vol. 14, núm. 1, marzo, pp. 49-70.
 1992 “Culture and the *Locus* of Work in Contemporary Western Germany. A Weberian Configurational Analysis”, en Neil J. Smelser y Richard Münch (eds.), *Theory of Culture*, University of California Press, Berkeley, pp. 324-365.
 1991 “The Hidden Link between Internal Political Culture and Cross National Perceptions. Divergent Images of the Soviet Union in the United States and the Federal Republic of Germany”, *Theory, Culture and Society*, vol. 8, núm. 2, mayo, pp. 31-56.
- Weber, Max
 2002a *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, traducción de Stephen Kalberg, Roxbury, Los Ángeles.

- 2002b “The Protestant Sects and the Spirit of Capitalism”, traducción de Hans H. Gerth y C. Wright Mills, en Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Roxbury, Los Ángeles, pp. 127-148.
- 1985 “‘Churches’ and ‘Sects’ in North America: An Ecclesiastical Socio-political Sketch”, traducido por Colin Loader, *Sociological Theory*, núm. 3, primavera, pp. 7-13.